

seguida un acta sencilla, y sin fórmulas ni frases de rutina. Se convino, además, en no dar á esta sociedad de amigos íntimos, el carácter grave y seco de una academia, ni hacer reglamentos, ni imponer obligaciones, ni penas, circunstancias que acaban en este país con todo, sino que se dejó á la reunión su carácter familiar y anárquico, lo cual ha hecho precisamente que reine siempre un orden y una cordialidad que no hemos visto hasta aquí en sociedad ninguna, y por la primera vez, quizás, la sinceridad y el afecto han sido los únicos vínculos que han hecho estrecharse corazones, que de otro modo se habrían separado al día siguiente. Esto sea dicho en honor del carácter mexicano.

“Tal es la historia del origen de esas *Veladas literarias* que están siendo cada vez más interesantes, que están llamadas á influir poderosamente en el progreso de la literatura nacional, por tanto tiempo decaída y olvidada, y que renuevan para nuestra generación los días dorados de la Academia de Letrán y del Ateneo.”

La lectura de nuestra humildísima comedia, de que habla el querido Maestro, se hizo en una de las noches del último tercio de Noviembre de 1867, ante D. Anselmo de la Portilla, D. José T. de Cuéllar, D. Manuel Peredo, D. Lorenzo Elízaga, D. Ignacio Altamirano, D. Luis Gonzaga Ortiz, y otras varias personas, que, no por no presumir de literatas, dejaban de tener buen gusto, y como aquellas, honraron con su atención y su aplauso al autor. Al final de cada uno de los tres actos en que la comedia estaba dividida, Luis Gonzaga Ortiz hacía pasar á sus huéspedes á una habitación próxima á la elegante sala, y con esa finura y distinción que siempre le fueron peculiares, obsequiaba á sus amigos con pasteles y dulces, generosos vinos y calientes ponches, y á la lectura seguía la libación, “ni más ni menos, dice Altamirano, que si Anacreonte ú Horacio hubieran presidido aquella compañía.” Este fué el *patrón* para todas las reuniones sucesivas, más ó menos fastuosas en el agasajo de pasteles y vinos, y más variadas por la lectura de diferentes autores, lo que no pudo hacerse en esta primera, porque la lectura de *Los Misioneros de Amor*, título de la comedia citada, se prolongó hasta muy corrida la media noche.

Luis Gonzaga Ortiz fué, pues, como dice Altamirano, quien tuvo primero la idea de las *Veladas literarias* y quien dió la primera con motivo de hacer oír la lectura de la comedia en cuestión; si el público oyente no fué tan numeroso como en otras veladas que siguieron á esa, la *calidad* suplió y bastante á la *cantidad*, y así debe reconocerse en honor de Ortiz, á quien el Maestro retrata en todo su valer en los párrafos que en seguida copio: “Ortiz, bien conocido en la República por sus bellísimas composiciones, firmadas ya con su nombre propio, ya con el pseudónimo de *Heberto*, que usó algunas veces,

es un poeta erótico por excelencia y por carácter. Es el cantor de las rosas y de las mujeres bellas, de las dulces entrevistas y de los adioses tristes, de los deseos voluptuosos y de los goces tranquilos. Es el sibarita de la literatura. El amor es su especialidad; pero no el amor tempestuoso, terrible, que va hasta el crimen y hasta la depravación; no es la pasión que tiene gritos destemplados, maldiciones sombrías, cajadas de incredulidad y miradas de demonio. No. Luis Gonzaga es antes que todo, poeta dulce, bueno y melancólico, pero no desesperado; sensual, pero no libertino; en su alma, como en los campos que tanto quiere, el amor florece cada año, y no se extingue con el invierno la savia de la vegetación. El ama, olvida y vuelve á amar, y sus amores, como su poesía, son una cadena de flores á cual más fragante. Ortiz ha cantado la ciencia y los combates con felicidad; pero siempre su musa ha protestado que el amor es su constante inspiración, y ha preferido cantar los combates de las doncellas, *proelia virginum*, como dijera Horacio. En la antigua Grecia, Ortiz habría pulsado de preferencia la lira *jónica* ó la *lidia*, cuyas armonías hacían cerrar los ojos de placer á las hermosas. En el género erótico ha cultivado con maestría todos los estilos, menos el violento y arrebatado, que nunca toca. A veces, sin embargo, sus cantos tienen acentos más profundamente tristes y que revelan amargos dolores, que naturalmente procuran exhalar con quejas más hondas y más punzantes. A veces le creemos impulsado hacia su lira, como en busca de desahogo, y nos parece percibir en sus elegías algo, como un suspiro de alivio, lo cual no es raro, *perche cantando il duol si disacerba*, como dijo el Petrarca.”

En un estudio literario que de mi libro “Poetas líricos mexicanos,” publicado en Madrid, hizo el eminente cuanto severo crítico español, D. Manuel de la Revilla, califica á Luis Gonzaga Ortiz como *uno de los mejores poetas de la colección*, elogia sus *robustas octavas reales* y asegura á su autor *el dictado de poeta de grandes alientos*.

La segunda tertulia literaria se verificó el 4 de Diciembre en la casa del Maestro Altamirano, que por medio de esquelas “invitaba á una reunión de amigos en que hablaremos de literatura y oiremos á Guillermo Prieto, que nos leerá algunas de sus nuevas composiciones.”

“La tertulia tuvo por lugar de escena, dice Ortiz, un saloncito bello y confortable, donde no se veía el lujo del magnate, sino la bella sencillez del hombre de genio y de talento. Un menaje carmesí; algunos buenos grabados en sus cuadros dorados; un gran espejo sobre una consola que sostenía dos candelabros con muchas luces; magníficas ediciones de todos los clásicos antiguos y modernos, en elegantes repisas; un piano sencillo, y en el centro del saloncito una mesa con libros, álbums, tazas y elegantes jarrones que sostenían ramilletes de tímidas y perfumadas violetas, que hacían dulce y sensual la

atmósfera de aquel agradable recinto. Los asientos se veían todos ocupados por poetas. Las armas, la literatura y la prensa periodística, se veían allí reunidas; Guillermo suspiró sus canciones, y á cada una de ellas siguió una tempestad de aplausos: eran las voces íntimas de su alma, que depositaba en el seno de sus hermanos. Vicente Riva Palacio tomó el arpa sonora para cantar la *Siesta deliciosa*. José Cuéllar nos leyó su apólogo *Los árboles*, lleno de ciencia y de botánica. Siguió Nacho Altamirano con todo el ardor, la riqueza y la exuberancia de los hijos del Sur, cantándonos el Atoyac, los mameyes, los manglares, los naranjos en flor; transportándonos á su edén, con sus flores, sus aves, sus fuentes y su cielo: su arpa dócil es fácil á su mano, como lo sería un noble potro mexicano, obediente á la rienda, ya para salvar un torrente, ya para piafar tranquilo sobre una alfombra de césped. ¡Si nos fuese posible imitarlo! En seguida el Dr. Peredo hizo salir de sus tumbas á Horacio y á Mecenas, que reían al escuchar su magnífica apología. Olavarría, Alfredo Chavero y Elizaga, improvisaron preciosas composiciones que fueron mezcladas con piezas de música, tocadas al piano por varios de los concurrentes, y sabrosísimos sorbos de vinos generosos, espumoso Champagne, humeante ponche, pasteles y confituras, y sobre todo, oportunos brindis, cuentos y dichos alegres y graciosos. La reunión acordó la publicación semanal de las poesías y artículos leídos en cada una de estas sesiones, á las que se les acordó el título de *Veladas literarias*."

La siguiente reunión tuvo verificativo en la elegante morada de Agustín Lozano, que, sin ser literato, era amigo de los cultivadores de las bellas letras, y solicitó el honor de recibirlos y obsequiarlos. Partidario del lujo, de la elegancia y del refinamiento esplendoroso, Agustín Lozano desplegó una inusitada magnificencia en el obsequio: excelente orquesta, helados, vinos y manjares exquisitos; nada faltó en su casa, puesta con el mayor gusto y con abundancia de ricos muebles.

Sucedió á esa velada la que á sus amigos ofreció Luis Gonzaga Ortiz, no tan modesta como lo prevenía el acta levantada en casa del Maestro: en su lucida reunión, el inspirado poeta cubano Juan Clemente Zenea leyó el magnífico primer canto de un poema que sorprendió y admiró á todos sus oyentes: recitó Joaquín Villalobos unas octavas reales muy patrióticas, Juan Mateos leyó la introducción de su poema *Jesucristo*; siguiéronse José Rivera y Río; Cuéllar con su apólogo *Las Palmas*; Sánchez Facio, con su romance *La Vida*; Altamirano, con su espléndida oda á *Maria*; Peredo, con una *Silva á la Noche*; Chavero, con una traducción de Homero; el singular poeta Joaquín Téllez hizo pensar y reír con una de sus composiciones, á la vez festivas y sentimentales; leyó después Julián Montiel, y cerró la

sesión literaria Ignacio Ramírez con una sátira terrible, punzante, llena de chiste, de veneno, con el título de *Invocación á la musa*.

Sería inútil y cansado pasar revista una por una á todas aquellas brillantísimas reuniones, ya la muy elegante ofrecida por Joaquín Alcalde, ya las espléndidas y fastuosas de Riva Palacio en su morada de Donceles, y de Martínez de la Torre en la de la Palma: una recepción en la más derrochadora corte no podría desplegar mayor lujo que el desplegado por Martínez de la Torre en la noche que abrió su hospitalaria casa á los pobres escritores y poetas de la Capital.

Tanta exceso de lujo fué perjudicial á esas reuniones, pues quien más, quien menos, todos cuantos hubieran querido honrarse llevando la *Velada* á sus casas, temían parecer pobretones y raquíticos; y, además, de tal modo había aumentado en número el público oyente y el que á la sombra de los literatos iba á gustar de la mesa y de los licores de los ricos, que pocas salas eran ya ni medianamente capaces para darles albergue.

Alfredo Chavero y Juan Mateos iniciaron valientemente la vuelta á la sencillez de las primeras reuniones, en la *Velada* á que unidos invitaron en la casa de aquél; y la noche se pasó más en familia, y la literatura la ocupó en gran parte, todavía ante una buena mesa, pero sin padecer hartazgo. Mucho más modesta, pero no menos agradable y útil á las letras, fué la velada siguiente que dieron Ignacio Ramírez y Agustín Silíceo. Algún tiempo después la invitación partió del Sr. Schiaffino, que recibió á los escritores en su casa pompeyana de la calle del Cinco de Mayo, en hermosos salones decorados por artistas de la Academia de San Carlos. Esa velada, con honores de festín, se prolongó, por primera y única vez en la crónica de ellas, hasta las seis de la mañana.

La última que mencionaremos tuvo lugar en la casa de Riva Palacio, y á ella invitó la Asociación Gregoriana, que obsequió al Maestro Altamirano con un magnífico ejemplar de la edición barcelonesa del *Paraiso de Milton*, en señal de agradecimiento al ilustre literato por un trabajo que en honor de esa Asociación ejecutó.

Al mediar 1868, el Maestro Ignacio Altamirano, que había venido siendo el alma y el espíritu de aquellas memorables justas literarias, con suprema habilidad y delicadeza procuró y obtuvo la suspensión de las *Veladas*, que tales como venían celebrándose mortificaban la dignidad personal de los concurrentes pobres, con la ostentación de lujo, riqueza y abundancia de manjares y vinos que desplegaban los anfitriones, varios de los cuales llegaron á gastar en esos obsequios 500 y aun 1,000 pesos por noche.

El fin principal, cual fué el de estimular á la juventud literaria, estaba logrado de un modo absoluto, y puede decirse que no hubo ni una sola de aquellas reuniones que no mencionase una *alta* de algún

escritor distinguido y aun eminente desde el momento mismo de su presentación, de lo que fué ejemplo Justo Sierra, el grandioso y magnífico poeta.

Por lo demás, nadie podría negar los beneficios incalculables que esas reuniones produjeron á las letras mexicanas. La noble emulación; el ansia natural de brillar por el ingenio allí donde el lujo y el fausto parecían querer anonadarle con la multiplicidad de sus grandezas, casi siempre negadas aun á los más grandes talentos de la tierra; la satisfacción de imponerse con un pliego de versos ó de prosa á un público en su inmensa mayoría muy elegante, pero no acreditado como afecto á la literatura; el levantado anhelo de demostrar que las letras patrias podían merecer aquellos esplendores, y los fuertes empeños que se ponían en juego para conseguir que aquella agrupación de escritores, pobres casi en su totalidad, honrase las casas de los ricos ó magnates que como un favor solicitaban su visita, hicieron que se escribiesen muchas excelentes composiciones que quizá sin ese aguijón no se hubieran producido, y que saltasen al honroso palenque escritores que, tal vez, sin ese motivo para adquirir brillante gloria, no hubiesen salido de los rincones de su modestia, ocupados con el gran poeta español en buscar la escondida

“senda por donde han ido
“los pocos sabios que en el mundo han sido.”

Las *Veladas* de 1867 y 1868 iniciaron un movimiento intelectual notable, é hicieron renacer la literatura mexicana, pocas veces tan rica en manifestaciones de talento como en ellas, porque allí no dominaba exclusivismo de ninguna especie, ni había, como hizo notar Altamirano, reglamentos que coartasen la libertad de nadie, ni infu- las de academia que mortificaran á los humildes en méritos.

Cuando las veladas concluyeron, porque así lo quiso Altamirano con la aprobación de todos, el amigable grupo no se disolvió, y su centro fué la casa de aquél, que jamás trató de imponerse sino haciéndose grato á todos y conquistándose su cariño. Con él y á su lado, presentábanse los escritores de su época como un círculo de amigos en la más perfecta unión, y en teatros y en salones la que se llamó “Bohemia literaria” tenía puesto principal y distinguido, y era objeto de honores y atenciones de toda especie. No hubo fiesta ni solemnidad de ningún género que no juzgase una honra contar con el concurso de ese grupo de escritores; las empresas de espectáculos mandaban preguntar á casa del Maestro, cuántas localidades debían enviar para los *bohemos*, y en las fiestas oficiales las invitaciones á los *bohemos* nunca fueron las últimas. En ese grupo jamás hubo rencillas, nunca surgieron enemistades, jamás cupieron los odios. Ale-

gre grupo de hermanos, cantando pasó los años de la juventud y cantando se disolvió para formar familias, que casi en su totalidad tuvieron principio en alguna reunión literaria. Aquellas ligas aun no se han disuelto, y por esa razón, cuando hoy se encuentran los ya viejos *bohemos*, brillan en sus ojos chispas de juventud, y en su salud suenan dulces notas de la sublime lira del afecto, y cuando la desgracia ó la muerte hiere á alguno de ellos, en el corazón de los demás queda resonando en doloroso eco, el angustioso grito ó el adiós tristísimo, hasta que el tiempo cubre con la losa de la conformidad ante lo irremediable, la celda que en nuestra alma quedó vacía para siempre.

CAPITULO IV

1868.

A pesar de lo que en contrario se esperaba, la Cuaresma se hizo sentir en aquel año de 1868, y las familias desertaron de los teatros, dejando en extremo reducido su público. En el de Iturbide casi hizo fiasco la farsa cómica *Un viaje á América*; agradó por su excelente desempeño el *Don Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz, drama en que se presentó Amelia Estrella en la Compañía González-Osorio, que hubieron de contratarla porque la primera actriz designada en el elenco no llegó á venir á la República, y porque la nueva dama y el primer galán joven que se avisó tener en tratos, se ignoraba cuándo vendrían. Esto acontecía á mediados de Marzo.

El 18 de ese mes se dió en el Principal la función de gracia de la joven y simpática actriz Luciana Ibarzábal, con la comedia en tres actos y en verso *Los misioneros de amor*, escrita por Enrique de Olavarría y Ferrari, sobre el patrón de la misma obra francesa que ha servido en nuestros días para libreto de la aplaudidísima y repetidísima zarzuela *Los Mosqueteros en el Convento*. En su crónica de *El Siglo*, el Maestro Altamirano dijo: “Esta es la comedia que oímos leer en la casa de Luis Gonzaga Ortiz una noche, en la cual, como dice muy bien el ilustrado Director de *La Iberia*, que también asistió, nació el pensamiento de las “Veladas Literarias.”

Con la tal comedia sucedió una extrañísima cosa, que sin duda va á asombrar el saberla á cuantos han aplaudido y aplauden aún, pues parece destinada á larga vida, la zarzuela *Los Mosqueteros en el Con-*